

Discurso de
Mariano Ruiz Araujo

Debate del Estado
de la Ciudad de Málaga

30 de septiembre de 2026

Buenos días a todos y todas.

Señor De la Torre:

Estamos aquí porque el Grupo Socialista forzó que se celebrara este Debate sobre el Estado de la Ciudad. Y conviene recordarlo porque es el segundo que celebramos en todo el mandato cuando lo obligatorio es mantenerlos con carácter anual, como bien sabe.

La normalidad democrática de cualquier ciudad pasa porque su alcalde comparezca y rinda cuentas. Aquí, parece, se han olvidado algunos preceptos básicos tras tanto tiempo.

Hoy podríamos dedicar estos primeros minutos a hablar de expedientes, de presupuestos y de estadísticas. Pero prefiero proponerles algo distinto.

Durante unos minutos miremos Málaga desde otro punto de vista. El de una familia haciendo cuentas en la cocina para pagar el alquiler. El de alguien que cada mañana pierde horas de su vida para llegar al trabajo. O el de unos padres que empiezan a asumir que sus hijos no podrán vivir en la ciudad en la que nacieron.

El estado de Málaga también aparece en la vida cotidiana de los malagueños.

Para entender dónde estamos tenemos que recordar de dónde venimos y así, podremos comprender lo que les voy a proponer. Málaga necesita una tercera transformación. Un tercer capítulo. El de la ciudad recíproca. Una ciudad que recibe de su gente pero que también devuelve.

Les plantearé los tres pilares que considero deben caracterizarla: posibilitar quedarse, valorar nuestra vida cotidiana y preparar el futuro.

Pero empecemos por el principio. Las dos transformaciones de Málaga.

La primera de ellas fue construir ciudad hacia dentro. La Málaga de nuestros padres y abuelos tenía barrios sin asfaltar, sin equipamientos y con enormes carencias. Aquella generación configuró la ciudad.

La segunda fue abrir Málaga al mundo. Ganó visibilidad, infraestructuras, se prestó a la cultura, al turismo y a la tecnología.

Dos momentos y dos transformaciones que fueron éxitos colectivos. De este Ayuntamiento, por supuesto, pero también de otras administraciones, de la Universidad, de empresas, de trabajadores y, fundamentalmente, de los propios malagueños y malagueñas.

Reconocerlo no creo que nos haga menos críticos, nos hace más sensatos. Porque una ciudad madura no necesita renegar de lo que ha funcionado para defender lo que todavía falta. Pero tampoco puede vivir indefinidamente de su propio relato de éxito ni de espaldas a lo que ya no funciona. Porque los logros de ayer no pagan el alquiler del mes que viene.

Y tenemos que afrontar esa contradicción. Una ciudad admirada desde fuera que cada vez es más difícil vivir desde dentro.

Señor De la Torre: ¿Cuándo fue la última vez que se desesperó buscando aparcamiento? ¿y la última ayudando a buscar un alquiler para algún familiar? ¿Cuánto hace que no se sienta en un bar y comprueba cuánto cuesta un mitad o un campero?

Como comprenderá, el interés no radica en su respuesta personal. Me interesa lo que revelan esas preguntas. Quizá demasiada distancia entre mirar Málaga desde arriba y vivirla desde abajo.

En la Plaza de la Constitución acampan hoy decenas de personas reclamando soluciones habitacionales. Antes de que el caso resonara a nivel nacional, por este salón habían pasado centenares de personas como Mari Carmen. Hemos sido de las primeras ciudades en sentir el drama descarnado de la vivienda, a través de relatos terribles, pero con bastantes menos focos, y seguimos siendo punta de lanza en esta emergencia. Familias rotas por desahucios, coches convertidos en hogares, campamentos en polígonos o solares como barrios de quita y pon. La selva de la codicia se ha abonado bastante bien aquí, Sr. de la Torre, mientras usted relativizaba con Villanueva del Rosario o culpando a la poca formación de los malagueños. Nuestro grupo lleva años planteando soluciones que han sido desechadas por usted como quien espanta las moscas de su comida.

Pero vayamos con la primera idea, posibilitar QUEDARSE. Que podamos continuar con nuestra vida en Málaga debería volver a ser lo normal.

Tardar cinco años y medio en construir 35 viviendas públicas como las de Garnica, ampliar tan solo el parque público en 6 viviendas al año durante la última década, entregar sólo dos VPOs durante el año pasado o haber desarrollado tan sólo el 30% de los suelos destinados a viviendas protegidas, demuestran una triste implicación por solventar el drama de la vivienda. Si completamos la estampa con su complicidad con la especulación turística sobre los suelos residenciales, el balance de su gestión se vuelve desolador. Más propio de ser parte del problema que de la solución.

Y detrás de las cifras hay personas como Teresa, pensionista y enferma, que tras toda una vida en su casa no ha podido hacer frente a la subida del alquiler de su casero. Tras un calvario de movimientos de maletas y bombonas de oxígeno ha terminado llamando hogar a un banco del Parque ante la mirada impasible de un ayuntamiento que se ha vuelto de hielo.

Sr. de la Torre, ante esto no hay excusa que valga. Podrá mirar hacia otro lado, pero este fracaso también es suyo. Es especialmente suyo.

Como ayuntamiento debemos garantizar que Teresa, el resto de malagueños y especialmente los jóvenes puedan quedarse. No como obligación sino como posibilidad. Quedarse porque uno decide construir aquí su vida, porque elige no ser expulsado.

Nosotros defendemos limitar la compra de vivienda cuyo fin no sea vivir en ella. Llevamos años exigiendo prohibir y retraer vivienda turística tras su permisividad interesada o no del uso del urbanismo. Queremos proteger el suelo residencial y blindar y ampliar el suelo público, no sólo dejando de venderlo sino adquiriendo más cada año. Apostamos por ampliar el parque público, por supuesto, agilizando y construyendo más vivienda, pero también comprándola directamente o aplicando el derecho de tanteo y retracto. Y mientras tanto, topando los alquileres, prohibiendo la especulación y protegiendo a los vulnerables. Porque la libertad de quedarse sólo existe si una ciudad protege la vivienda frente a quienes la convierten exclusivamente en un activo. Que sepan que esos tiempos ya pasaron.

La emergencia que vivimos debe hacernos valorar las prioridades de los proyectos. Toda gran inversión deberá justificar muy bien su oportunidad

en una ciudad en la que miles de personas tienen dificultades para acceder a una vivienda.

¿Cómo es posible que aún esté en un cajón el encauzamiento del río Campanillas? ¿cómo encajamos que esta obra que daría seguridad a miles de vecinos y que desbloquearía más de cuatro mil viviendas protegidas no sea la prioridad, que ni siquiera tenga calendario a estas alturas y que se haya dejado en manos privadas?

Hay que plantear un convenio específico para desbloquearla y asumir municipalmente su financiación ante la incomparecencia de la administración responsable.

Con todo, tenemos que lograr ampliar el parque de vivienda municipal en, al menos, mil viviendas al año.

La segunda idea es la VIDA COTIDIANA. Quizá parezca la menos espectacular, pero probablemente sea la que determine nuestra felicidad. Porque existe una manera diferente de medir una ciudad: lo fácil o difícil que te hace vivir. Lo poco o lo mucho que cuida lo que nos hace nosotros mismos.

La política municipal no debería hablar exclusivamente de metros cuadrados y debería empezar a hablar de tiempo.

Escuelas infantiles, servicios de apoyo psicológico y comunitario, centros de día, hogares del jubilado, apoyo a quienes cuidan o servicios próximos son iniciativas y políticas de tiempo que deberían ser una realidad para permitirnos no llegar tarde a todo y acabar cada día con la lengua fuera.

Hablar de esto es hablar también de igualdad, lamentablemente todavía son las mujeres quienes soportan buena parte de esta carga.

Por otro lado, cuando una familia no puede vivir en Málaga, el problema no desaparece. Se desplaza. Y encajamos entonces otro coste, el tiempo perdido.

La Málaga real ya no termina en nuestro término municipal. Hay dinámicas metropolitanas que condicionan la movilidad de la capital. Por eso vivienda, empleo y movilidad no pueden pensarse por separado y hay que liderar una capitalidad metropolitana cooperativa. Porque una hora recuperada al día puede ser una hora con tu hija, con tu padre o

simplemente para respirar. Una política de tiempo es una política de dignidad cotidiana.

Hay medidas que deben y pueden empezar pronto. Buses metropolitanos más frecuentes, servicios exprés en hora punta, carriles reservados, aparcamientos disuasorios ¿cómo es posible que aún no haya ni uno?

Y hace falta una planificación ferroviaria y metropolitana que mire al Este, al PTA, al Norte y a Cártama o Alhaurín. Y nos negamos a elegir y priorizar entre estas actuaciones porque se deben iniciar cuanto antes para sortear más colapsos. Por supuesto, también hay que exigir la mejora del Cercanías y el Tren Litoral. Y hay que hacerlo ante todas las administraciones independientemente de su color político, porque la lealtad a Málaga no entiende de partidos.

Y si la vida cotidiana tiene un escenario fundamental, ése es el barrio. Es allí donde se comprueba si una ciudad funciona. Es garantía. Se evidenció con contundencia cuando vinieron mal dadas en tiempos de pandemia.

Y, me temo, que este verano nos ha dejado demasiadas señales confirmando que tenemos que cambiar nuestra forma de cuidarlos. Durante mucho tiempo hemos normalizado que el Ayuntamiento llegue después del problema sumido en una inercia que dura ya demasiado. A esta ciudad le han saltado todas las costuras del cuidado urbano, tras haber entregado su alma en busca de una idea de éxito y de turismo de masas ya agotados. La próxima etapa tiene que cambiar esa lógica y hacer que esta ciudad también se centre en funcionar un martes cualquiera.

La identidad malagueña debe ser protegida. Desde nuestro patrimonio, que no atraviesa su mejor momento, pasando por nuestro folclore y nuestra cultura, también la creativa, hasta llegar incluso a proteger nuestras rutinas.

Nuestros lugares icónicos están siendo sustituidos por Carrefour Express, tallas indocumentadas miran por encima del hombro a Ibn Gabirol, las murallas de nuestra Alcazaba resisten como pueden y entre puntales el abandono institucional y soportamos apretando los dientes que nos den la carta en un idioma extranjero.

Duele especialmente que quienes deberían ser los primeros garantes de preservar lo nuestro terminen desfigurándolo incluso cuando acometen reformas necesarias, como ha ocurrido en el Paseo de Pedregalejo. Hay que rectificar lo que se ha hecho mal, pero también aprender de ello. Porque transformar un barrio debe servir para mejorarlo sin hacerle perder aquello que lo hace reconocible.

Y proteger nuestros barrios también significa pensar en lo que necesitan hoy y mañana. No podemos permitir que la progresiva privatización de suelo municipal, como ocurre en Parque Litoral, hipoteque sus necesidades presentes y futuras.

En definitiva, debemos transformar Málaga sin desdibujarla y hacerla crecer sin desprendernos de aquello que después echaremos en falta.

Con este panorama, el Málaga, la Rosaleda y Martiricos se han convertido en un símbolo. La Rosaleda no es solamente un estadio. Resiste frente a la pérdida de identidad progresiva como un espacio donde Málaga aún se reconoce.

Esta ciudad tiene que decidir qué quiere hacer con ella sin trucos, sin medias verdades y mirando a los ojos del malaguismo y de la ciudad. Señor de la Torre, la decisión de no ser sede del Mundial no ha facilitado que el Málaga esté en Primera. Ni que fuera usted quien marcó los goles de Chupete o de Larrubia durante la temporada pasada. Su gestión en esta materia, hay que decirlo, ha sido un fracaso y sus excusas y justificaciones siguen siendo un bochorno para todos.

Miren, no me gustaría perder La Rosaleda. Rechazo anuncios falsos que juegan con las expectativas de la afición. No anunciaría nuevas ubicaciones sin ni siquiera haber informado antes al propietario de los suelos. Ya me entienden. Es más, quiero garantizar Martiricos, su relación con los barrios y nuestra identidad compartida.

En 2027 hay que iniciar un proceso con las administraciones y con el club para su ampliación y su renovación integral, con viabilidad técnica, financiación y fases realistas y públicas. Estoy convencido de que se puede.

Y la tercera idea es el FUTURO. Porque una ciudad recíproca no solamente resuelve los problemas de hoy. También la prepara para quienes vivirán aquí mañana.

Uno de esos desafíos ya lo sentimos. El cambio climático. El calor, la sequía, las avenidas y las lluvias torrenciales. Informes independientes alertan de lo difícil que será vivir aquí en las próximas décadas.

En 2020 este Ayuntamiento aprobó el Plan Alicia. Allí se planteaba aumentar las zonas renaturalizadas y desarrollar corredores y un anillo verde alrededor de Málaga. Esta ciudad concurre también a ser sede de la Expo 2027 con el lema: “La era urbana: hacia la ciudad sostenible”. Lamentablemente suspendimos y suspendemos. Poco se ha hecho y me temo que el bienestar de esta ciudad se medirá por cómo abordemos su renaturalización y la de sus barrios, por sus espacios de sombra o sus refugios climáticos.

Tenemos oportunidades extraordinarias como el Guadalmedina, que debe abrazar su recuperación ambiental, o los terrenos de Repsol. ¿De verdad creen que dentro de 30 años entenderemos acertada la decisión de levantar rascacielos precisamente aquí? La Málaga de la próxima década, verde y amable, debe contar con el Bosque Urbano como insignia orgullosa de la ciudad bien entendida y de la lucha vecinal contra la sordera y el amedrentamiento.

Apostar por el empleo de calidad, por la tecnología respetuosa y por la formación son ya una obligación que nadie puede ignorar para garantizar nuestro futuro.

Todo esto requiere otra manera de gobernar. Una ciudad puede soportar que un proyecto se retrase, pero no es razonable vivir en una constante ensoñación de grandes iniciativas sin priorizar y sin que ninguna cristalice. Eso sólo nos lleva al despilfarro y a la frustración constante.

El Guadalmedina, el Auditorio, el Eje Litoral, la Prisión provincial, el Campamento Benítez, podría pasarme así toda la intervención.

Ahora, en la previa de las elecciones vuelve usted, Sr. de la Torre, a hacer grandes anuncios y algunos apañitos en ciertas calles. Tiene pinta de que su campaña electoral del 2027 volverá a salirnos muy cara.

Creo que tenemos que hacer mención a cómo entender el espacio portuario, porque su futuro también configurará Málaga. El Puerto no puede concebirse ni como una pieza aislada, ni como un escaparate, ni como un espacio aún disponible del que simplemente sacar tajada. Lo que allí hagamos debe formar parte del modelo de Málaga que queremos construir: abierto al mar, integrado en nuestra vida cotidiana y respetuoso con nuestra identidad.

Y llegados aquí quiero volver al principio. Málaga ha hecho cosas extraordinarias entre todos y no quiero renegar de ellas. Quiero una ciudad suficientemente segura de sí misma para preguntarse qué viene después y abrir una nueva etapa para las próximas décadas.

Shakespeare dejó escrita hace más de cuatro siglos una pregunta muy elocuente: “¿Qué es la ciudad sino la gente?”. Pues de eso se trata. De construir una ciudad recíproca. Una Málaga que haga políticas para quienes la sostienen. Para tantas Teresas y Mari Carmenes. Una Málaga en la que podamos quedarnos, que cuide nuestra vida cotidiana y que prepare nuestro futuro.

No quiero elegir entre crecer y cuidar. Ni entre abrirnos al mundo y conservar lo que nos hace únicos. Me niego. Quiero que esta ciudad vuelva a hacer bien todo eso a la vez. Málaga ya ha escrito dos grandes capítulos de su historia. Ha llegado el momento de empezar a escribir el tercero.

Muchas gracias.

*NOTA: Solo serán válidas las palabras pronunciadas durante el discurso.